

Cuantos sentimos por Gerona y su historia la devoción y la añoranza de hijos suyos condenados por las circunstancias a residir fuera de ella guardamos como un tesoro los recuerdos de nuestra infancia, como si la vida de la heroica ciudad se hubiera detenido en la fecha de nuestra partida.

Esta es la razón de que cuando fui invitado a colaborar en un número de la Revista de Gerona dedicado a ese magnífico edificio a cuya resurrección hemos asistido gozosos, no pude resistir la tentación de relatar simplemente cuales son los recuerdos que la Fontana d'Or guardaba para mí, bien distintos de los que hoy se exaltan. Por desgracia, a la edad en que recogí mis recuerdos, no sentía preocupación por contarlos algún día y por tanto «no tomé notas» que hoy me servirían para completar la imagen que desearía describir.

Mi artículo será por ello muy breve. Pero confío en que será lo suficientemente explícito para que el lector se de cuenta de cuan intensos son mis recuerdos de la «Fontana d'Or».

Mi Fontana de Oro

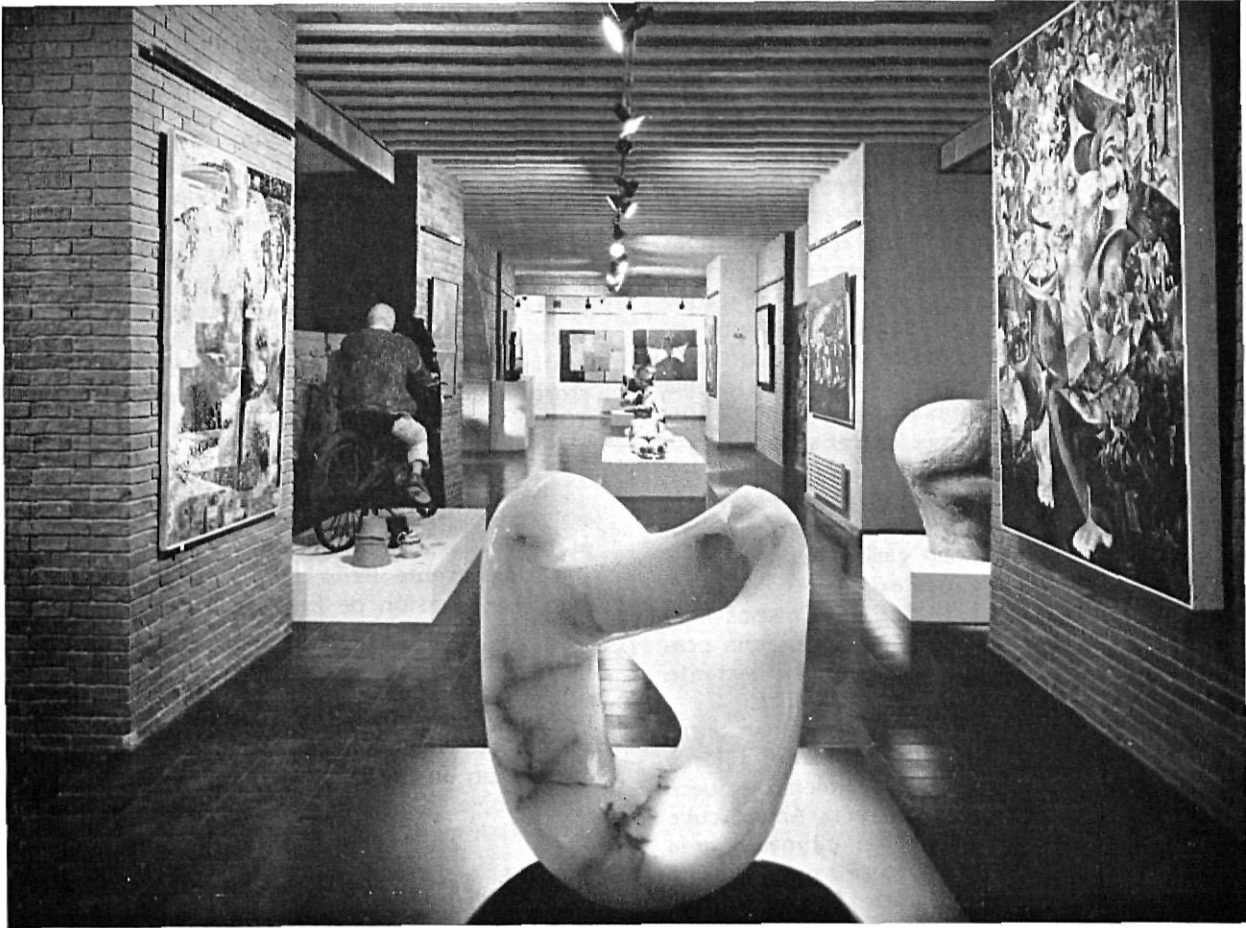
Recuerdos de Adolescencia

por L. PERICOT

Digámoslo de una vez. La parte baja de la «Fontana d'Or» (no conocí tal denominación hasta más tarde) la ocupaba una gran sala recubierta por una poderosa bóveda, que cubría un gran espacio sin otro apoyo. Se entraba en ella por una pequeña puerta junto a la gran entrada al resto del edificio. Un pequeño despacho, un armario para la ropa y para guardar unas alpargatas que suplían los zapatos al realizar los ejercicios gimnásticos. En el despacho, dominio del dueño de aquel centro, don Ramón Balmes, recuerdo perfectamente que había una estampa con la letra de la canción «Els segadors». Este cuadro ejercía sobre mí una profunda impresión por los comentarios que mi ánimo infantil no comprendía. Esa estampa se unía mentalmente a los cuadros de propaganda de la Solidaridad catalana y el federalismo que veía en las casas de los payeses del Ampurdán.

El gran salón lleno de aparatos de toda clase, adornaba sus paredes con algún cartel, de toros por lo general. Recuerdo la propaganda de un anís «Triquitraque» del que se afirmaba que era el mejor para reventar. Nunca comprendí el lazo que podía unir un cartel semejante y los muros de un gimnasio.

Al fondo, una mampara de madera y cristales, aislaba un pequeño recinto, con ventana a la calle de Herrerías Viejas, que servía para ves-



Donde estuvo el viejo gimnasio, surge ahora el arte!
(Foto Sans)

tuario y sala de gimnasia de las muchachas que acudían, a hora diferente de los varones, o sea por la mañana.

Ahora, cuando he vuelto a los bajos de la «Fontana d'Or», no pude reconocer la traza de ese gran salón donde comodamente podían practicar los ejercicios gimnásticos varias docenas de jóvenes.

Al Sr. Balmes le conocí ya en los últimos años de su vida. Malhumorado, teniendo que imponer disciplina a los muchachos, inquietos y díscolos como éramos, parecía la imagen de la antigimnasia. Y sin embargo reflexionando más tarde se me mostró claramente que la instalación de aquel gimnasio era excelente, con todas las variantes que se difundían entonces y que luego han tenido tanto desarrollo: poleas, escaleras, paralelas, pesos, en todas sus variantes. Para mí era todo ello una delicia. Saltaba y me ejercitaba con la agilidad de un mono por entre los diversos aparatos.

Existía un cierto orden en los ejercicios a realizar, pero como ya dije no era fácil que todos cumpliéramos con lo que el bueno del

señor Balmes tenía establecido. Recuerdo vagamente que mientras los ejercicios de paralelas marcaban el comienzo de las sesiones, el término lo marcaban los ejercicios con pesas y la cadencia de uno, dos, tres y cuatro, mientras el cuerpo avanzaba o retrocedía. Las sesiones de los varones tenían lugar por la tarde aunque no recuerdo como se distribuían a lo largo de la semana.

Lo más interesante, hoy, más de sesenta años después, me parece ser quienes formábamos el grupo más permanente y asiduo de los asistentes al gimnasio.

Ya hemos referido la impresión que causaba, de algo en decadencia. Nuestro recuerdo no alcanza más que a dos generaciones, la nuestra, que duró varios años, y la precursora. Ignoramos si hubo muchas antes de la nuestra, aunque suponemos que sí. Yo recuerdo algunos de los componentes de la generación que nos precedió. Era la primera que se sintió deportista, ya que de ella salieron varios de los mejores jugadores de fútbol enmarcados en el «Strong», cuyos colores eran el negro y el amarillo.

Así recuerdo los hermanos Sánchez, los hermanos Gómez, Callicó, Joaquín Camps Arboix, Buenaventura Carreras, los hermanos Roca y los Coll. La mayoría de ellos, verdaderos atletas, eran asíduos al gimnasio, aunque acudían al mismo irregularmente. Mi grupo de amigos estaba formado por gentes más jóvenes que practicaban la gimnasia para fortalecer su cuerpo. Yo era en cierta manera una excepción pues afortunadamente, físicamente era muy sano y robusto. Pero el gimnasio compensaba el que mis padres no me dejaran jugar al naciente deporte del fútbol salvo el darle a una pelota que nos compró Mossén Roquet, maestro de capilla del Mercadal en la que yo figuraba también circunstancialmente. Con mis entrañables amigos como Mn. Fernando Forns, los hermanos Audouard, y los hermanos Plaja, jugábamos en el amplio recinto del Campo de Marte, y siempre he creído con una vanidad casi ridícula que yo no dejaba de tener algunas excelentes condiciones para el juego del fútbol. Por lo menos hice un gol del que todavía me acuerdo, en una ocasión en que los mayores no reunían bastante número y me invitaron a jugar con ellos.

Mi «colla» en el gimnasio la formaban entre otros que no recuerdo ya, los hermanos Elías y José de Calasanz Serra Rafols, a quienes empecé a tratar entonces, Joaquín Carreras Artau, cuya familia tenía, frente mismo del gimnasio, una acreditada imprenta, Isidoro Furest, Vicente Miralles, el torroellense Camps Arboix, Pelayo Negre, gran amigo desde entonces y a quien también conocí aquí, mi hermano José, etc.

Ese pequeño grupo estaba formado por historiadores en ciernes y ello nos llevaba a postergar los ejercicios gimnásticos para hablar de temas históricos a pesar de no contar sino entre diez y quince años. Uno de nuestros entretenimientos era el de adivinar a través de sucesivas preguntas, el retrato de un personaje histórico. Elías y José de Calasanz Serra Rafols, con sus muchas lecturas y erudición solían ser los vencedores. Mientras Pelayo Negre, uno de los

pocos supervivientes de aquella generación, nos encantaba contando las hazañas de los nueve varones de la fama.

En algún rincón de mis papeles, guardo una fotografía de las muchachas que acudían por las mañanas a realizar sus ejercicios, vestidas con el traje adecuado para aquella época, que se parecía a los trajes de baño que por entonces se usaban. La lista de señoritas de la buena sociedad gerundense que acudían al gimnasio Balmes indicaría ya la importancia social que tuvo aquel centro. Recuerdo que en las fotografías se descubren las señoritas Furest, Carreras Durán, Julia Riu, María Figueras, María Torras Rivièrè y sus hermanas, mi hermana María, etc.

Para situar esta etapa cronológicamente tengo algunos puntos de referencia. Recuerdo por ejemplo que discutimos mucho sobre quien era más importante Pérez Galdós o Menéndez Pelayo, con ocasión de la muerte de este último, en 1912. Y hacía ya varios años que yo asistía al gimnasio Balmes. Siendo ya exasistente al mismo, asistí al entierro de nuestro sufrido director señor Balmes al que tuvimos también de profesor de gimnasia en el bachillerato. Recuerdo un inadecuado local en el edificio del Instituto, al que sólo asistí un día para que el señor Balmes hiciera mi ficha.

Tras la defunción de nuestro viejo profesor continuó su tradición don Carlos Gómez, uno de los alumnos de la sala de la calle de Ciudadanos, el cual trasladó el gimnasio a la calle de Anselmo Clavé, junto al local que fue de la Sociedad Atenea. A él asistí todavía, acaso un par de años, en mis tiempos ya avanzados en el bachillerato. Poco después, mi salida de Gerona rompía mis contactos con la vida gerundense e ignoro cual fue la posterior suerte de esa etapa de la vida juvenil de mi ciudad. Sin duda una ligera rebusca llenaría los vacíos de mi relato pero temo que un censo de supervivientes daría una cifra muy reducida.